

PERSPECTIVAS SOCIOCULTURALES POSTDISCIPLINARIAS EN LA INVESTIGACIÓN DE LA COMUNICACIÓN

RAÚL FUENTES NAVARRO

A principios del siglo XXI, muchas de las perspectivas teóricas e ideológicas establecidas cincuenta o más años atrás siguen siendo las predominantes en el estudio de la comunicación, todavía centrado en el análisis de los “medios masivos” (THOMPSON, 1995) y basado en modelos de “transmisión de mensajes” (KRIPPENDORFF, 1993). Así como se ha ido extendiendo la conciencia de que las ciencias sociales y especialmente su estructura “disciplinaria” son ya inadecuadas para generar explicaciones útiles sobre el mundo en que vivimos (WALLERSTEIN, coord., 1996), en los ámbitos académicos dedicados al estudio de la comunicación crece la insatisfacción con los recursos teórico-metodológicos disponibles y se multiplican los esfuerzos para reformular desde sus cimientos conceptuales la búsqueda de producción de conocimiento sobre la “comunicación”, cada vez más extensamente entendida como interacción social. En este capítulo se exploran algunas de las características y condiciones de estos procesos, con algún énfasis desde las particularidades latinoamericanas.

Pero es claro que en todas partes se ha puesto en evidencia en los últimos años, mediante múltiples estudios y reflexiones, que la acelerada expansión de la capacidad tecnológica de codificación y difusión informativa, y la consecuente digitalización de cada vez mayores porciones de la operación cotidiana de los sujetos sociales, por una parte, y por otra la recomposición de los sistemas de interpretación del mundo, antes localizados y ahora cada vez más globalizados en un proceso que se dice tiende a la homogeneización cultural, han ido cambiando los modos predominantes de producción social del sentido.

Está claro que este proceso de recomposición del mundo y sus representaciones ante y desde los sujetos dista mucho de estar concluido como transición histórica y se caracteriza, más que por otra cosa, por las contradicciones multidimensionales que lo constituyen y que exacerba (ORTIZ, 1999). Los usos y los recursos informativos se articulan cada vez con mayor complejidad a los poderes económicos, políticos y culturales y la diversidad de sistemas cognitivos y axiológicos se ve al mismo tiempo cercada por la racionalización y la radicalización: por la tendencia a la reducción a una sola lógica, universal y utilitaria, y por el repliegue defensivo e intolerante a los rasgos diferenciales de las identidades.

La producción en común de sentido, mecanismo fundamental de la socialidad humana, se ve así forzada a operar instrumentalmente desde la racionalidad de poderes ejercidos a escalas mundiales y cada vez más impersonales o descentrados de la subjetividad, y desde la reafirmación del dominio de las particularidades locales, cerradas al intercambio más allá de ciertos límites (nacionales, étnicos, clasistas, ideológicos, etc.) tradicionalmente definidos, que al verse amenazados, se estrechan.

Las telecomunicaciones informatizadas están en el centro de este proceso, son su condición de posibilidad. Los sistemas telemáticos, síntesis de las comunicaciones a distancia y el procesamiento automático de la información, abarcan cada vez más esferas de la actividad humana. Productos de la tecnología informacional, estos sistemas representan el mito fundacional del nuevo orden mundial, el del control sobre la interconexión total y la eficiencia como criterio al mismo tiempo cuantitativo y cualitativo de evaluación del progreso.

La interacción entre sujetos, cada vez más complejamente mediada por esta tecnología, tiende a disolver el sentido en la objetividad: la comunicación se reduce a la actualización del sentido unilateralmente generado y difundido o, en el mejor de los casos, a la incorporación por el sujeto de las condiciones de operación del sistema, no siempre más amplias que las del entorno natural.

No obstante, la posibilidad de “saltos cualitativos” en la interacción subjetiva para la producción de sentido sobre las prácticas socioculturales, comienza a ser real para cada vez más sujetos en mayor número de situaciones, conforme avanza la tecnología y las condiciones de su operación por el sujeto rebasan las disponibles al margen de ese sistema. Los ejemplos actuales de esta digitalización de la vida son múltiples y la adaptación cultural es sorprendente en muchos de ellos. Pero si es correcta la imagen de la “transición histórica” en las formas predominantes de producción de sentido, habrá que imaginar sus límites y preguntarse qué tipo de interacciones comunicativas no podrán ser mediatizadas tecnológicamente en el futuro inmediato, así sea por razones económicas, físicas, sentimentales o de cualquier otro género, en términos del sentido más pleno de la existencia, para lo cual es indispensable repensar la comunicación.

LA TENSIÓN ENTRE INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN

En el “universo telemático”, para emplear la expresión de GIUSEPPE RICHERI (1984), las articulaciones entre sistemas de información y sistemas de comunicación son más complejas y menos visibles que en los campos de las telecomunicaciones o de la informática, en cuya intersección se originó esta nueva dimensión del entorno tecnocultural contemporáneo. Si ya en los años sesenta y setenta los estudiosos de la cultura y la sociedad tuvieron que hacer esfuerzos,

prácticamente infructuosos por cierto, para no confundir “información” y “comunicación”, y poder identificar sus articulaciones en la operación multidimensional de los medios de difusión masiva, a principios de los años dos mil esta definición es todavía más necesaria, en relación con los medios telemáticos y sus “impactos” en la reconfiguración política, económica y cultural del mundo.

Pero, tal como lo atestiguan y argumentan múltiples textos generados en todo el mundo en las últimas décadas, la constitución teórica de la comunicación es un problema irresuelto, que se vuelve cada vez más complejo conforme avanzan y se diversifican los fenómenos a explicar sistemáticamente y, paradójicamente, en tanto que se incrementan también las prácticas de investigación sobre ellos y se consolidan los programas de formación de “especialistas en comunicación” (FUENTES, 1998a). Sólo en la década de los noventa, en el mundo anglosajón, la bibliografía que busca reestablecer ciertas certezas teórico-metodológicas en torno a la comunicación y su estudio académico es ya inabarcable (además de los “aportes” en otras lenguas), incluyendo intentos cada vez más radicales de formular los fundamentos epistemológicos de nuestro campo, como los de ANDERSON (1996), SCHILLER (1996) o MUMBY (1997), entre otros muchos¹.

Dan Schiller resume la necesidad actual de repensar la comunicación desde el primer párrafo del prefacio de su obra más reciente:

Hoy la extensión y el significado de la comunicación se han vuelto virtualmente incontenibles. Estudiar comunicación, como se evidencia cada vez más ampliamente, no es sólo ocuparse de los aportes de un conjunto restringido de medios, sea a la socialización de los niños o los jóvenes, sea a las decisiones de compra o de votación. Ni es sólo involucrarse con las legitimaciones ideológicas del Estado moderno. Estudiar comunicación consiste, más bien, en elaborar argumentos sobre las formas y determinaciones del desarrollo sociocultural como tal. El potencial del estudio de la comunicación, en suma, converge directamente, y en muchos puntos, con los análisis y la crítica de la sociedad existente en todas sus modalidades (SCHILLER, 1996: vii).

Schiller se propone desentrañar los complejos procesos de “compromiso temático, diferenciación conceptual y síntesis analítica que han estructurado la indagación crítica sobre el carácter de la comunicación como una fuerza social determinante” durante los últimos cien años. Con su revisión histórica, aporta una explicación plausible de la separación construida entre “comunicación” y “trabajo”, y sugiere una reintegración conceptual alrededor del concepto de “producción de la cultura”, siguiendo entre otros a Raymond Williams. Si la economía política y los estudios culturales han de seguirse considerando, al menos

¹ Véanse, por ejemplo, los artículos de BRENDA DERVIN (1993), “Verbing communication: mandate for disciplinary invention”; GREGORY J. SHEPHERD (1993), “Building a discipline of communication”; y JAMES R. BENIGER (1993), “Communication- embrace the subject, not the field”, en *The Future of the Field I, Journal of Communication* 43: 3.

entre los anglosajones, como los insumos conceptuales primordiales para una teoría social de la comunicación, los debates que han separado a ambas corrientes deberían continuarse².

Pero la orientación teórico-ideológica de los estudios en ciencias sociales se ha movido en los últimos años también sobre otro “eje”, más bien metodológico, de donde surgen retos que la investigación de la comunicación debe enfrentar, ahora que “la dimensión subjetivismo/objetivismo tiene la primacía, tanto en las humanidades como en las ciencias sociales en general, así como en la comunicación”. Según Rosengren, ahora “se enfatiza mucho más que antes el enfoque del sujeto actuante y deseante, el individuo humano como tal”, además de que “la perspectiva histórica se ha fortalecido aún más, como un complemento bienvenido a la perspectiva unilateral y ahistórica de los antiguos enfoques conductistas y científico-sociales” (ROSENGREN, 1993; MARTIN & NAKAYAMA, 1999).

Coincidentemente, Klaus Krippendorff considera que la mayor parte de la investigación sobre la comunicación ha estado guiada por el estudio de los mensajes, y que esa perspectiva esta siendo “lentamente desafiada por lo que podrían llamarse explicaciones reflexivas”. Los sesgos conceptuales hacia los mensajes se pueden caracterizar en tres postulados objetivistas e implícitamente normativos: primero, los mensajes se pueden describir objetivamente, trasladar físicamente de un contexto a otro o reproducirse; tienen una existencia real, objetiva e independiente de alguien que los reciba. Segundo, los mensajes afectan, persuaden, informan, estimulan; cualquier efecto que causen es función de sus propiedades objetivas. Tercero, la exposición a los mismos mensajes crea comunalidad entre emisores y receptores y, en el caso de los medios masivos, entre los miembros de la audiencia (KRIPPENDORFF, 1993).

Supuestos como éstos han sido la base de las “tradiciones teóricas” que, diferencias aparte en otros aspectos, han constituido el núcleo dominante de la investigación de la comunicación en todo el mundo desde los años cincuenta. El debate actual tiende a cuestionar precisamente lo que, en el contexto más amplio de la teoría social, ANTHONY GIDDENS (1989) llama “el consenso ortodoxo” (naturalista, causal y funcional), y a enfrentar entre sí, para volver con Rosengren a los enfoques sociológicos “objetivistas” y “subjetivistas”.

Como lo han señalado JENSEN Y JANKOWSKI (1991), en el campo de la comunicación de masas se han dado en este sentido dos desarrollos interrelacionados: la emergencia de enfoques metodológicos cualitativos y la convergencia, en torno a este “giro cualitativo”, de disciplinas de las humanidades y de las ciencias sociales.

² Véanse, por ejemplo, NICHOLAS GARNHAM (1995), “Political economy and cultural studies: reconciliation or divorce?”; LAWRENCE GROSSBERG (1995), “Cultural studies VS political economy: is anyone else bored with this debate?”; JAMES W. CAREY (1995), “Abolishing the Old Spirit World”; y GRAHAM MURDOCK (1995), “Across the great divide: cultural analysis and the condition of democracy”, todos en *Critical Studies in Mass Communication* 12:1.

Aunque estos autores reconocen el predominio histórico (social y políticamente determinado) de lo cuantitativo y la fragmentación de los referentes, resumen la oposición de los objetos de estudio “comúnmente asociados” a las metodologías cuantitativa y cualitativa en la producción (objetiva) de información, por un lado, y los procesos (subjetivos) de significación, por el otro. El estudio de la comunicación debería integrar estos procesos objetivos y subjetivos, y eso sólo puede hacerse mediante modelos teórico-metodológicos multidimensionales y complejos, que, por una parte, superen el aislamiento conceptual de la comunicación como “fenómeno trascendental” y, por otra, abandonen, hasta donde es posible, el afán de disciplinarizar su estudio (FUENTES, 1997; ORTIZ, 1999).

COMUNICACIÓN, POLÍTICA Y CULTURA EN AMÉRICA LATINA

En América Latina la necesidad de repensar la comunicación, especialmente en términos de sus articulaciones políticas y culturales, es una constante histórica que también diversas publicaciones han puesto en revisión, más que en debate³. La relación entre investigación y mercado, en el contexto de la modernidad, parece formular el núcleo de las reflexiones más pertinentes. Jesús Martín Barbero plantea esta “tensión” en la siguiente forma:

La combinación de optimismo tecnológico con escepticismo político ha fortalecido un realismo de nuevo cuño que se atribuye a sí mismo el derecho a cuestionar todo tipo de estudio o de investigación que no responda a unas demandas sociales confundidas con las del mercado o al menos mediadas por éste. Se acusa entonces al trabajo académico e investigativo de la década de los ochenta de improductivo, de no haberse insertado en los ritmos del cambio tecnológico y económico, de haberse divorciado de los requerimientos profesionales que hace la nueva sociedad. Desde otro ángulo, esa posición representa una muestra de la sofisticada legitimación académica que ha logrado el neoliberalismo en nuestros países: el mercado, fagocitando las demandas sociales y las dinámicas culturales, deslegitima cualquier cuestionamiento de un orden social que sólo puede darse su “propia forma” cuando el mercado y la tecnología liberan sus fuerzas y sus mecanismos” (MARTÍN BARBERO, 1996).

Aunque mediante argumentos muy distintos y un afán polémico mucho mayor, el artículo entregado por Héctor Schmucler a la misma publicación evidencia la misma tensión, si bien enfatiza el predominio del conformismo político-social entre los investigadores latinoamericanos, a pesar de que haya

³ Destacan los números dedicados por *Telos*, la revista española de “comunicación, tecnología y sociedad” editada por FUNDESCO, en 1989 (No 19) y 1996 (No 47) a la investigación en América Latina, el número 32 de *Diálogos de la Comunicación* (1992), con las ponencias del Seminario sobre Comunicación y Ciencias Sociales organizado por FELAFACS, y el número 140 (1995) de *Nueva Sociedad*.

“numerosas excepciones” (SCHMUCLER, 1996). El objeto de su crítica son aquellos enfoques de la comunicación que, centrados en los procesos de recepción y en sus mediaciones culturales, abandonaron la denuncia de los mecanismos de poder que hasta entonces parecía haber caracterizado a la investigación latinoamericana sobre los medios. La postura de Schmucler en este texto se opone explícitamente a la de José Joaquín Brunner, pero al subrayar la “similitud” y la “cercanía” de los “espacios” conceptuales trazados por él, implica también a los autores de dos libros que “ejercieron una influencia destacada entre académicos e investigadores de América Latina”, Jesús Martín Barbero y Néstor García Canclini⁴.

Más allá de una polémica que parece enfrentar entre sí a personajes que argumentan en favor de la recuperación crítica de las condiciones ideológicas que la “modernidad” ha impuesto a la investigación latinoamericana de la comunicación, y que utilizan para ello marcos axiológicos muy parecidos, en los discursos de Martín Barbero y de Schmucler se deja ver la urgencia de una reafirmación ética, antes que de una reformulación epistemológica de los estudios sobre la comunicación,

... pues las gentes pueden con cierta facilidad asimilar los instrumentos tecnológicos y las imágenes de modernización, pero sólo muy lenta y dolorosamente pueden recomponer su sistema de valores, de normas éticas y virtudes cívicas. El cambio de época está en nuestra sensibilidad, pero “a la crisis de mapas ideológicos se agrega una erosión de los mapas cognitivos” (Lechner). No disponemos de categorías de interpretación capaces de captar el rumbo de las vertiginosas transformaciones que vivimos. Sólo alcanzamos a vislumbrar que en la crisis de los modelos de desarrollo y los estilos de modernización hay un fuerte cuestionamiento de las jerarquías centradas en la razón universal, que al trastornar el orden secuencial libera nuestra relación con el pasado, con nuestros diferentes pasados, permitiéndonos recombinar las memorias y reapropiarnos creativamente de una descentrada modernidad (MARTÍN BARBERO, 1996: 59).

APORTES DE Y PARA UNA TEORÍA SOCIOCULTURAL DE LA COMUNICACIÓN

La búsqueda prioritaria, el trabajo más urgente, entonces, parece apuntar hacia un marco de interpretación que, por una parte, reintegre conceptual y metodológicamente la diversidad política, cultural y existencial de los agentes de la comunicación, y por otra permita imaginar las dimensiones de la acción comunicativa en términos constitutivos y no sólo instrumentales de las prácticas sociales. Una de las

⁴ Los libros mencionados por Schmucler en una nota de pie de página son, por supuesto, *De los medios a las mediaciones* (1987) de MARTÍN BARBERO y *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad* (1990), de GARCÍA CANCLINI, ambos editados en México.

propuestas de síntesis de la teoría social contemporánea que pueden facilitar esta reformulación es la teoría de la estructuración de Anthony Giddens.

La teoría de la estructuración recupera la noción de que el agente humano es capaz de dar cuenta de su acción y de las causas de su acción. La teoría de Giddens reconoce que los esquemas interpretativos incluyen esquemas ya interpretados por los actores sociales, y relaciona tres grandes “estructuras” institucionales de la sociedad: las de significación, dominación y legitimación, con tres modelos de interacción: la comunicación, el poder y la sanción respectivamente, a través de las “modalidades” o “mediaciones” de los esquemas interpretativos, los medios y las normas (GIDDENS, 1984).

En este marco, lo que los sujetos saben sobre su propia actividad es constitutivo de su práctica, pero esta capacidad de conocer está siempre delimitada institucionalmente. De ahí la importancia del concepto de “conciencia práctica”, es decir, “todo lo que sabemos como actores sociales que hace que suceda la vida social, pero a lo que no necesariamente le damos forma discursiva” (GIDDENS, 1989: 57). Por ello la ciencia social, para Giddens y sus seguidores, tiene tareas etnográficas fundamentales, pues puede dar forma discursiva a aspectos del “conocimiento mutuo” que los actores emplean de una manera no discursiva en su conducta. De este “conocimiento mutuo” entre los sujetos depende, nada menos, que las actividades sociales tengan sentido en la práctica. Y la comunicación, esencialmente, consiste en esa producción en común de sentido. Su investigación y teorización no pueden entonces limitarse al estudio de los medios (tecnológicos o no, “nuevos” o no) que los sujetos sociales usan para generar el sentido de su actividad y, necesariamente por ello, de su propia identidad.

Desde esta perspectiva, plenamente sociocultural, rearticular los procesos subjetivos e intersubjetivos de significación, a través de los esquemas perceptuales e interpretativos que en cada sector cultural median las relaciones posibles con las estructuras y los sistemas objetivos de procesamiento y difusión de la información, es una clave que, además de restituir la complejidad de los procesos socioculturales en los modelos de comunicación, puede servir para enfatizar la agencia o acción transformadora implícita en las prácticas de comunicación, es decir, en la interacción material y simbólica entre sujetos concretamente situados, que supone la recurrencia por parte de ellos tanto a sistemas informacionales como a sistemas de significación, cuya competente mediación determina la producción y reproducción del sentido: el de las prácticas socioculturales de referencia y el de la comunicación misma.

De esta manera, también, desplazando epistemológica y metodológicamente el foco del análisis comunicativo de los medios y los mensajes a los sujetos sociales y los procesos de producción de sentido, podrá abordarse el estudio de la comunicación como ejercicio práctico de la reflexividad comunicativa. Así pues, desde esta perspectiva, el escenario estratégico primordial para repensar la

comunicación no puede ser otro que el diseño de una metodología comunicacional, sobre la cual hay ya fundamentos conceptuales y avances probados y para la cual ciertas características actuales y potenciales de las redes telemáticas parecen prestarse admirablemente, y que se sustentaría en un marco postdisciplinario emergente (FUENTES, 1994, 1999).

Por supuesto, esta metodología comunicacional tiene muy poco que ver con algoritmos y procedimientos positivistas o incluso con las dimensiones técnicas de las infraestructuras informáticas en que se basa. Casi no tiene relación alguna con la “difusión de mensajes” o la persuasión de públicos segmentados. Sus referentes son la imaginación, la flexibilidad, la solución de las necesidades que pueden transponer el tiempo y el espacio fijos, la producción de sentido... Más allá, o dentro, o sobre, o bajo la Internet, está la red de prácticas comunicativas que podríamos ya estar investigando y contribuyendo a enriquecer mediante esta metodología comunicacional, de este saber/hacer constitutivo y reestructurante de las identidades y de las prácticas socioculturales, que por sus propias condiciones estructurales e históricas, la investigación crítica latinoamericana tiene la mayor probabilidad de desarrollar (FUENTES, 1992).

LA REESTRUCTURACIÓN POSTDISCIPLINARIA

La Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales, presidida por Immanuel Wallerstein, señala en su informe final, en junio de 1995, que los tres “problemas teórico-metodológicos centrales en torno a los cuales es necesario construir nuevos consensos [h]eurísticos a fin de permitir avances fructíferos en el conocimiento” son la relación entre el investigador y la investigación, la reinscripción del tiempo y el espacio como variables constitutivas internas en el análisis y la superación de las separaciones artificiales entre lo político, lo económico y lo sociocultural (WALLERSTEIN, coord., 1996: 81-83). Una “metodología comunicacional”, desarrollada en referencia a las mediaciones telemáticas de la comunicación, no puede eludir ninguno de estos tres problemas.

Wallerstein formula la relación entre el investigador y la investigación en función de un “reencantamiento del mundo” que reconozca la imposibilidad de la “neutralidad” del científico:

Ningún científico puede ser separado de su contexto físico y social. Toda medición modifica la realidad en el intento de registrarla. Toda conceptualización se basa en compromisos filosóficos. Con el tiempo, la creencia generalizada en una neutralidad ficticia ha pasado a ser un obstáculo importante al aumento del valor de verdad de nuestros descubrimientos, y si eso plantea un gran problema a los científicos naturales, representa un problema aún mayor a los científicos sociales. Traducir el reencantamiento del mundo en una práctica de trabajo razo-

nable no será fácil, pero para los científicos sociales parece ser una tarea urgente (WALLERSTEIN, coord., 1996: 82).

Seguramente esta propuesta no parece ajena a ningún investigador latinoamericano de la comunicación, como no lo es tampoco la integración espacio-temporal o la articulación de las diversas dimensiones de la existencia social. Las “tradiciones intelectuales” más ricas de nuestro campo se han fundamentado, precisamente, en postulados como éstos, que son las bases de sustentación tanto axiológica como teórica de la metodología comunicacional que proponemos para impulsar sistemáticamente unas prácticas socioculturales que, como ha sugerido Jesús Martín Barbero, contribuyan a disminuir las desigualdades y a incrementar las diferencias entre los seres humanos (MARTÍN BARBERO, 1992).

Desde los trabajos pioneros de Armand Mattelart, Antonio Pasquali, Eliseo Verón, Luis Ramiro Beltrán o Paulo Freire, los criterios de pertinencia social han sido una constante en el estudio latinoamericano de la comunicación, si bien es necesario también afinar y extender los criterios de rigor científico que impidan caer nuevamente en los extremos discursivos ultraideologizados de los años setenta o en las sofisticadas metáforas hoy de moda. Sobre esta línea apuntamos algunos “goznes” o articulaciones metodológicas que se perfilan en ciertas prácticas concretas de investigación de la comunicación como constitutivos de una perspectiva sociocultural emergente (FUENTES, 1998b).

El primero de estos “goznes” conceptuales, que aparece como esencial para relacionar en la investigación los postulados teóricos con la generación de datos empíricos (observables) sobre los procesos de comunicación, es el de la cotidianidad, cuyo “itinerario” intelectual se remonta a la fenomenología y que ha sido relacionado por Habermas, a través del término “mundo de la vida”, con la acción comunicativa.

La acción comunicativa se basa en un proceso cooperativo de interpretación en que los participantes se refieren simultáneamente a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo aun cuando en su manifestación sólo subrayen temáticamente uno de esos tres componentes. Hablantes y oyentes emplean el sistema de referencia que constituyen los tres mundos como marco de interpretación dentro del cual elaboran las definiciones comunes de su situación de acción (HABERMAS, 1989: 171).

La densidad significativa de la vida cotidiana y los procesos por los cuales los sujetos “construyen socialmente la realidad” y le dan sentido tanto a lo que hacen como a lo que perciben, ha sido largamente reconocida y elaborada por las diversas tradiciones antropológicas y sociológicas interpretativas que confluyen con estudios del lenguaje y la comunicación en el análisis de las prácticas sociales y sus relaciones con los sistemas culturales o de significación. Estas confluencias, una vez reconocidas y asimiladas, pueden ser la base para la superación de la con-

cepción única o predominantemente instrumental y no constitutiva de la comunicación en la vida social.

El diseño metodológico para investigar la comunicación en la vida cotidiana en tanto relación constitutiva del ser (al menos social) representa un reto mayor, al que no obstante ha habido acercamientos altamente rigurosos y promisorios, como el ya mencionado de Giddens en la teoría de la estructuración. El énfasis en este acercamiento está puesto en un sujeto competente, que mediante su conciencia práctica posee un gran conocimiento acerca de las condiciones y las consecuencias de sus acciones en la vida cotidiana. Esta “conciencia práctica” es extraordinariamente compleja, “complejidad que con frecuencia permanece inexplorada en los acercamientos sociológicos ortodoxos” (GIDDENS, 1993: 281), y en cuyo estudio sistemático reside una rica posibilidad de desarrollo para una metodología comunicacional.

A partir del mismo ámbito conceptual puede formularse, articuladamente, un segundo “gozne” metodológico para la investigación sociocultural de la comunicación, que a su vez puede fomentar la incorporación de aportes provenientes de la semiótica y la lingüística como el modelo de las competencias discursivas. En términos comunicativos, este eje atraviesa la categoría de usos, no sólo como relación de lectura de un mensaje por un sujeto, sino como capacidad de apropiación, aprovechamiento y transformación de los sistemas de comunicación, a su vez constituidos por sistemas de transmisión y procesamiento de información y por sistemas de significación, convencionalmente (es decir, socioculturalmente) articulados (ECO, 1977).

En la terminología de Giddens, los esquemas interpretativos “son los modos de tipificación incorporados en los repertorios de conocimiento de los actores, aplicados reflexivamente en el sostenimiento de la comunicación” y son inseparables, como “modalidades” de la estructuración significativa de los medios o recursos de dominación y de las normas de la legitimación. De esta manera, la comunicación, el poder y la sanción (moral), dimensiones constitutivas de la interacción social, confluyen en la estructuración de los sistemas sociales a través de la institucionalización discursiva, político-económica y legal (GIDDENS, 1984: 29-31).

La agencia es, en la teoría de la estructuración, la capacidad del actor “para reinterpretar y movilizar un repertorio de recursos en términos de esquemas culturales distintos a los que constituyeron originalmente el repertorio”, pues los recursos nunca están homogéneamente distribuidos entre los sujetos sociales (individuales o colectivos). “Ser un agente significa ser capaz de ejercer algún grado de control sobre las relaciones sociales en que uno está inmiscuido, lo que a su vez implica la capacidad de transformar esas relaciones sociales en alguna medida” (SEWELL, 1992).

El concepto de agencia y las competencias que pueden postularse y analizarse como sus constitutivos en la práctica comunicativa permiten sustentar un con-

cepto de usos que articule las relaciones de los sujetos con los sistemas de comunicación sin aislar estas relaciones de las estructuras y prácticas de dominación y de legitimación, porque “las transposiciones de esquemas y las removilizaciones de recursos que constituyen la agencia son siempre actos de comunicación con otros. La agencia conlleva una capacidad para coordinar las acciones propias con otros y contra otros, para formar proyectos colectivos, para persuadir, para coaccionar, y para monitorear los efectos simultáneos de las acciones propias y las de otros. Más aún, el alcance de la agencia ejercida por personas individuales depende profundamente de sus posiciones en las organizaciones colectivas” (SEWELL, 1992: 21).

Con esto puede resultar suficientemente expuesta la necesidad de una tercera articulación o “gozne” metodológico en la investigación de la comunicación: la constitución de las identidades sociales de los sujetos, en cuanto participantes (agentes) en distintos grados y modalidades, de la estructuración social mediante prácticas (interacciones) comunicativas. Con los aportes de las numerosas disciplinas y corrientes de pensamiento que han contribuido a formular el concepto de identidad en el contexto teórico de la subjetividad y, por necesidad, de la intersubjetividad, es posible integrar nuevos modelos de comunicación que aborden las prácticas de interacción social, articuladamente, desde sus constitutivos sistémicos o estructurales (objetivos) y desde la intersubjetividad en la producción social de sentido.

Mediante el desarrollo de modelos metodológicos que reconceptualicen la comunicación a partir de “goznes” como los indicados, será posible, en la práctica de la investigación, integrar sistemáticamente las herramientas de producción de conocimiento que avancen en la superación de dicotomías como las que oponen el objetivismo y el subjetivismo, lo macroestructural y lo microsociedad, lo económico-político y lo simbólico-cultural, o lo cuantitativo y lo cualitativo. Una propuesta “ejemplar”, recientemente incorporada como “paradigma analítico” a diversos proyectos concretos de investigación académica en México, es la generada por John B. Thompson como “marco metodológico de la hermenéutica profunda”:

La idea que subyace a la hermenéutica profunda es que, en la investigación social y en otros campos, el proceso de interpretación puede ser, y de hecho exige ser, mediado por una gama de métodos explicativos u “objetivantes”. Cuando tratamos con un campo que está constituido en la misma medida por la fuerza y el sentido, (...) es posible y deseable mediar el proceso de interpretación empleando técnicas explicativas u objetivantes. Por tanto, la “explicación” y la “interpretación” no deberían ser consideradas, como a veces se hace, como términos mutuamente excluyentes o radicalmente antitéticos: más bien, pueden tratarse como momentos complementarios en una teoría interpretativa comprensiva, como pasos que se apoyan mutuamente en un “arco hermenéutico único” (THOMPSON, 1993: 305-306).

Así, la interpretación profunda “se transforma en una intervención potencial en las circunstancias mismas acerca de las cuales se formula” y “tiene una conexión interna con la crítica de la dominación: está metodológicamente predispuesta a estimular la reflexión crítica de las relaciones de poder y de dominación, y esta reflexión incluye en principio la reflexión de los sujetos que están inmersos en esas relaciones” (THOMPSON, 1993: 354-356). La reflexividad así formulada es, finalmente, la condición epistemológica y metodológica esencial para la reconstitución de los estudios de la comunicación, como lo es para ésta en cuanto práctica sociocultural.

LOS RETOS PARA LA INVESTIGACIÓN DEL SIGLO XXI

Hipotéticamente, los usos comunicativos de los medios, telemáticos o “tradicionales”, y no sus dimensiones económicas, políticas, estéticas, o propiamente tecnológicas, ofrecen una oportunidad extraordinaria para reformular y replantear ética y conceptualmente los marcos fundamentales para el estudio de la comunicación, de una manera que no fue posible consolidar cuando se extendieron socialmente otros medios, comunicacionalmente mucho más simples, como la radio o la televisión. El reto prioritario para los académicos de la comunicación, en cualquier parte del mundo, podría sintetizarse en avanzar, reflexiva y sistemáticamente, en producir sentido sobre la producción social de sentido.

Y ese reto, al mismo tiempo, por paradójico que parezca, debido a las urgencias y contradicciones de la “realidad social de nuestros países”, tiene mayores probabilidades de ser enfrentado con éxito en América Latina que en otras regiones del planeta. La razón principal para ello está en dos características distintivas de la investigación de la comunicación latinoamericana: primero, que nunca ha prevalecido en ella el afán de cerrazón disciplinaria; desde las obras pioneras hasta la actualidad, y a pesar de los esfuerzos de legitimación de los programas universitarios de formación de comunicadores como una especialidad o incluso una “ciencia” independiente, la práctica multidisciplinaria de la investigación de la comunicación ha sido mucho más influyente y sugerente en América Latina que su opuesto. Por otra parte, la institucionalización de esa práctica ha sido, en comparación con otras regiones del mundo, bastante más débil y precaria. Prueba de ello es la escasez de centros de investigación formalmente dedicados en exclusiva al estudio de la comunicación. Más bien este estudio se realiza en centros multidisciplinarios o, muchas veces en contra de las prioridades institucionales, en centros universitarios y no universitarios dedicados a la formación o la “intervención” profesionales en la comunicación social. Buena parte de la tradición latinoamericana en este campo se ha cultivado, como las ciencias sociales europeas del siglo XIX, desde organizaciones de la “sociedad civil”, apoyadas por

organismos internacionales y la convicción de grupos muy pequeños de individuos. Cuando estos aportes han pasado a las universidades, han contribuido en mucho, además de la renovación indudable de los esfuerzos académicos, a contrarrestar la tendencia “disciplinarizante” propia de la institución académica.

En términos de Wallerstein, en el estudio latinoamericano de la comunicación hay terreno avanzado hacia la “apertura” científica y social de la investigación. Un artículo-editorial de Héctor Schmucler en la mítica revista *Comunicación y Cultura*, ya lo adelantaba en 1984: “La relación comunicación/cultura es un salto teórico que presupone el peligro de desplazar las fronteras. Pero, justamente, de eso se trata: de establecer nuevos límites, de definir nuevos espacios de contacto, nuevas síntesis. En vez de insistir en una especialización reductora, se propone una complejidad que enriquezca” (SCHMUCLER, 1997: 150-151).

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, James A. (1996): *Communication theory, epistemological foundations*. The Guilford Press.
- BENIGER, James R. (1993): “Communication- embrace the subject, not the field”, *The Future of the Field I*, Journal of Communication 43: 3.
- CAREY, James W. (1995): “Abolishing the Old Spirit World”, *Critical Studies in Mass Communication* 12:1.
- DERVIN, Brenda (1993): “Verbing communication: mandate for disciplinary invention”, *The Future of the Field I*, Journal of Communication 43: 3.
- ECO, Umberto (1977): *Tratado de semiótica general*. Barcelona: Lumen.
- FUENTES NAVARRO, Raúl (1992): *Un campo cargado de futuro, el estudio de la comunicación en América Latina*. México: FELAFACS.
- (1994): “La investigación de la comunicación ¿hacia la postdisciplinariedad en ciencias sociales?”, Lameiras y Galindo (ed.), *Medios y mediaciones*. Guadalajara: ITESO/El Colegio de Michoacán, pp. 221-243.
- (1997): “Consolidación y fragmentación de la investigación de la comunicación en México 1987-1997”, *Comunicación y Sociedad* No 30, DECS Universidad de Guadalajara, pp. 27-50.
- (1998a): *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México*. Guadalajara: ITESO/Universidad de Guadalajara.
- (1998b): “Acercamientos socioculturales a la investigación de la comunicación: el gozne metodológico”, Mejía y Sandoval (coord.), *Tras las vetas de la investigación cualitativa. Perspectivas y acercamientos desde la práctica*. Guadalajara: ITESO, pp. 77-100.

- FUENTES NAVARRO, Raúl (1999): "Institucionalización y postdisciplinización de las ciencias sociales en México", Reguillo y Fuentes (coord.), *Pensar las ciencias sociales hoy, reflexiones desde la cultura*. Guadalajara: ITESO, pp. 203-244.
- GARNHAM, Nicholas (1995): "Political economy and cultural studies: reconciliation or divorce?", *Critical Studies in Mass Communication* 12:1.
- GIDDENS, Anthony (1984): *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*. California: University of California Press.
- (1989), "The orthodox consensus and the emerging synthesis", DERVIN et al. (ed.), *Rethinking Communication*, Vol. 1: paradigm issues. Sage, pp. 53-65.
- (1993): *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- GROSSBERG, Lawrence (1995): "Cultural studies VS political economy: is anyone else bored with this debate?", *Critical Studies in Mass Communication* 12:1.
- HABERMAS, Jürgen (1989): *Teoría de la acción comunicativa*, Vol 1. Madrid: Taurus.
- KRIPPENDORFF, Klaus (1993): "The past of Communication's hoped-for future", *The Future of the Field I*, *Journal of Communication* 43:3.
- JENSEN, Klaus Bruhn & Nicholas W. JANKOWSKY (ed.) (1991): *A handbook of qualitative methodologies for mass communication research*. Routledge.
- MARTÍN BARBERO, Jesús (1992): "Pensar la sociedad desde la comunicación: un lugar estratégico para el debate a la modernidad", *Diálogos de la Comunicación* No 32, FELAFACS, Lima, pp. 28-33.
- (1996): "Comunicación fin de siglo, ¿para dónde va nuestra investigación?", *Telos* n.º 47, FUNDESCO, Madrid, pp. 58-64.
- MARTIN, Judith N. & Thomas K. NAKAYAMA (1999): "Thinking dialectically about culture and communication", *Communication Theory* 9:1.
- MUMBY, Dennis (1997): "Modernism, Postmodernism, and Communication Studies: a rereading of an ongoing debate", *Communication Theory* 7:1.
- MURDOCK, Graham (1995): "Across the great divide: cultural analysis and the condition of democracy", *Critical Studies in Mass Communication* 12:1.
- ORTIZ, Renato (1999): "Ciencias sociales, globalización y paradigmas", Reguillo y Fuentes (coord.), *Pensar las ciencias sociales hoy, reflexiones desde la cultura*. Guadalajara: ITESO, pp. 17-46.
- RICHERI, Giuseppe (1984): *El universo telemático. Trabajo y cultura en el futuro inmediato*. Barcelona: Mitre.
- ROSENGREN, Karl Erik (1993): "From field to frog ponds", *The Future of the Field I*, *Journal of Communication* 43:3.
- SCHILLER, Dan (1996): *Theorizing communication: a history*. Oxford University Press.
- SCHMUCLER, Héctor (1996): "Lo que va de ayer a hoy, de la política al mercado", *Telos* n.º 47, FUNDESCO, Madrid, pp. 65-72.

- SCHMUCLER, Héctor (1997): *Memoria de la comunicación*. Buenos Aires: Biblos.
- SEWELL, JR. William H. (1992): "A theory of structure. Duality, agency and transformation", *American Journal of Sociology* 98: 1, pp. 1-29.
- SHEPHERD, Gregory J. (1993): "Building a discipline of communication", *The Future of the Field I*, *Journal of Communication* 43: 3.
- THOMPSON, John B. (1993): *Ideología y cultura moderna*. México: UAM-Xochimilco.
- (1995): *The media and modernity. A social theory of the media*. California: Stanford University Press.
- WALLERSTEIN, Immanuel (coord.) (1996): *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.